

Ante la asignatura maldita

Enrique Badosa
ABC - 06/09/2006

Todavía reciente el congreso mundial de matemáticos del que España ha sido huésped. Huésped esta vez halagado con la constatación de que van siendo más y muy dotados los compatriotas expertos en esa disciplina. Una especulación y un saber que, contra toda apariencia, tiene muchísima relación positiva con lo práctico que a lo científico tanto se le exige. Las matemáticas, junto con el lenguaje, no sólo explican mundos teóricos, sino también muy, pero que muy prácticos. Cuesta admitirlo, pero así es.

Y hay que agradecerse a esos talentos acerca de los cuales todavía se siguen haciendo bromas tópicas y tontas. En casi todos sus aspectos, teóricos y prácticos, el matemático tarde o pronto lleva razón. A veces, no la lleva, claro.

Carece de ella como cuando -y esto se ha visto en los días del congreso- alguno se empeña en acusar al estudiante de que las matemáticas sigan siendo la «asignatura maldita». No voy a cometer el error de tomar la parte por el todo.

A decir verdad, no son los más de los grandes talentos matemáticos quienes así acusan. Por lo leído durante los días congresuales, cabe sospechar que los acusadores más bien son los mediocres pedagogos. Puede que incluso alguno de los que precisamente han denunciado mala pedagogía matemática en nuestras aulas. Mala sobre todo a partir de los primeros cursos. Esos tan básicos para fijar una buena

intelección necesaria de la ciencia, así como para no concebir hacia ella lo que dé lugar a la maldición».

No son pocos -hablo por sufrida experiencia propia y muy compartida- los profesores, incluso muchos de los que saben explicar la asignatura, que suponen algo que en modo alguno se puede generalizar a todos los alumnos. Pues que poseen aptitudes más allá de la normal comprensión de los razonamientos, de ese polisilogismo que es el desarrollo matemático.

Los más, tal vez los más de los alumnos con muy buen coeficiente intelectual, pueden seguir muy bien, durante los años de estudio, las fases de ese polisilogismo. Cuestión de entendederas y voluntad exigible a todo educando. Lo que no se puede exigir es que, a partir de tal seguimiento, tengan capacidad necesaria para su aplicación. La inteligencia en general dota para entender los razonamientos matemáticos, desde la tabla de multiplicar a muchos teoremas de ya cierto elevado nivel; pero no garantiza que el estudiante goce de talento matemático como para, a partir del conocimiento de la teoría, pasar con éxito a la práctica.

El profesor debe exigir el conocimiento de lo teórico, pero no aquello que el estudiante, por bueno que sea, no puede realizar si carece de específica calidad de matemático. Ahí fracasa, sin ser culpable, el alumno; y ahí fracasa, por culpable falta de pedagogía, el profesor que en los

exámenes -de curso o fin de estudios- exige lo que el examinado no puede dar en tantísimas ocasiones. Lo mismo sucedería, igual de «maldita» sería considerada por ejemplo la literatura, si al estudiante capaz de entenderla y aun de disfrutar con ella, pero no dotado para la creación, en los exámenes se le obligara a componer sonetos tan plausibles como el resultado de un difícil problema matemático.

Y lo mismo iba a suceder -¡y sucedel- si el cátedro exige respuestas a problemas filosóficos al alumno que, si bien ha en-

tendido la asignatura, carece de filosófica mentalidad.

Se ha dicho que el congreso de matemáticos ha sido un éxito. Magnífico. Pero, que yo sepa, no se ha aprovechado para descender a algo que a los grandes matemáticos debiera importarles muchísimo: una pedagogía acorde con la realidad de que incluso muy buenos estudiantes seguirán teniendo por «maldita» una asignatura para la que se les pide algo que su talento no puede en muchísimos casos dar, por alto e incluso altísimo que sea su coeficiente intelectual.